

COLECCIÓN DE ENSAYO POLÍTICO
INSTITUTO JUAN DE MARIANA – VALUE SCHOOL – DEUSTO

JASON BRENNAN

CONTRA LA DEMOCRACIA

Traducción de Ramón González Ferriz



INSTITUTO
JUAN DE MARIANA



DEUSTO

Contra la democracia

JASON BRENNAN

Traducido por Ramón González Ferriz



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Against Democracy*

© Publicado por Princeton University Press, New Jersey, 2016

© Prefacio edición de bolsillo, Princeton University Press, 2017

Autor: Jason Brennan, 1979

© de la traducción Ramón González Ferriz, 2018

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2018

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2922-6

Depósito legal: B. 7.749-2018

Primera edición: mayo de 2018

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702 19.70 / 93.272 04.47.

Sumario

Prefacio a la edición de bolsillo de 2017	9
Prefacio y agradecimientos	23
1. Hobbits y <i>hooligans</i>	29
2. Nacionalistas ignorantes, irracionales y desinformados	67
3. La participación política corrompe	127
4. La política no nos empodera ni a ti ni a mí	165
5. La política no es un poema	233
6. El derecho a un gobierno competente	283
7. ¿Es competente la democracia?	337
8. El gobierno de los que saben	395
9. Enemigos cívicos	443
Bibliografía.....	469

Capítulo 1

Hobbits y *hooligans*

John Adams, el presidente y revolucionario estadounidense, dijo: «Yo debo estudiar la política y la guerra para que mis hijos puedan tener libertad para estudiar matemáticas y filosofía. Mis hijos deberían estudiar matemáticas y filosofía, geografía, historia natural, arquitectura naval, navegación, comercio y agricultura, para dar a sus hijos el derecho a estudiar pintura, poesía, música, arquitectura, estatuaría, tapicería y porcelana».⁷ Adams fue un animal político como ha habido pocos, pero esperaba que las futuras generaciones evolucionaran hacia una forma de vida más elevada.

7. Carta de John Adams a Abigail Adams, 12 de mayo de 1780, <<https://www.masshist.org/digitaladams/archive/doc?id=L17760331aa>> (consultado el 20 de enero de 2016). Ortografía adaptada al inglés contemporáneo.

Este libro explica por qué deberíamos tratar de llevar a cabo ese deseo.

La participación política, ¿ennoblece o corrompe? Mill contra Schumpeter

John Stuart Mill, el gran economista y filósofo moral del siglo XIX, sostenía que deberíamos instaurar aquella forma de gobierno que genere los mejores resultados. Mill nos aconsejó estudiar todas las consecuencias. Es decir, al preguntarnos si es mejor tener una monarquía, una oligarquía, una aristocracia, una legislatura representativa u otras formas de gobierno, deberíamos centrarnos no sólo en las cosas obvias, como en qué medida las diferentes formas de gobierno respetan los derechos liberales o promueven el crecimiento económico. También deberíamos examinar la manera en que éstas afectan a la virtud intelectual y moral de los ciudadanos. Algunas formas de gobierno pueden dejarnos atontados y pasivos, mientras que otras pueden hacernos perspicaces y activos.

Mill esperaba que la implicación en la política hiciera a las personas más listas, más preocupadas por el bien común, más cultas y más nobles. Creía que conseguir que un obrero de una fábrica pensara en política sería como descubrirle a un pez que hay un mundo fuera del océano. Mill esperaba que la participación política endureciera nuestras mentes pero ablandara nuestros corazones. Confiaba en que el compromiso político nos hiciera mirar más allá

de nuestros intereses inmediatos y adoptar, en cambio, una perspectiva más amplia y a largo plazo.

Mill era un pensador científico. En la época en la que él escribía, pocos países tenían un gobierno representativo. Esos pocos países restringían el sufragio y permitían votar sólo a una minoría de élite y no representativa. La participación política era una actividad para caballeros cultos. Mill no tenía precisamente las evidencias necesarias para respaldar sus afirmaciones. Como mucho, tenía una teoría razonable pero que no estaba probada.

Esto ocurrió hace más de ciento cincuenta años. Los resultados del experimento son ahora visibles. Y son, man-tendré, en gran medida negativos. Creo que Mill estaría de acuerdo. Las formas de compromiso político más comunes no sólo no consiguen educarnos y ennoblecernos sino que tienden a embrutecernos y corrompernos. La verdad se parece más a esta crítica del economista Joseph Schumpeter: «El ciudadano típico desciende a un nivel inferior de rendimiento intelectual en cuanto entra en el ámbito político. Argumenta y analiza de una forma que él mismo reconocería de inmediato como infantil en la esfera de sus intereses reales. Se vuelve de nuevo primitivo».⁸

Si la hipótesis de Mill está equivocada y la de Schumpeter es correcta, debemos hacernos algunas preguntas complicadas: ¿En qué medida queremos que las personas realmente participen en la política? ¿Hasta qué punto se debe permitir la participación de la gente?

8. Schumpeter, 1996, p. 262.

Las ventajas de la decadencia de la democracia

Muchos libros sobre la democracia y el compromiso cívico se lamentan de que los índices de participación están cayendo. Señalan que a finales del siglo XIX del 70 al 80 por ciento de los estadounidenses con derecho a voto votaban en las principales elecciones. Luego, se lamentan de que ahora alcanzamos como mucho el 60 por ciento en unas elecciones presidenciales, o el 40 por ciento en las elecciones de mitad de legislatura, estatales o locales. Después de citar estas cifras, se quejan airadamente. La democracia estadounidense es más inclusiva que nunca y cada vez más gente está invitada a tomar asiento en la mesa de la negociación política. Y a pesar de ello, cada vez menos personas responden a esta invitación. Los ciudadanos no se están tomando en serio la responsabilidad del autogobierno, dicen estos libros.

Mi respuesta es diferente: este descenso del compromiso político es un buen comienzo, pero todavía nos queda un largo camino. Deberíamos desear incluso que la participación fuera menor, en vez de mayor. Idealmente, la política ocuparía sólo una pequeña parte de la atención de la persona media. La mayoría de las personas ocuparían sus días con la pintura, la poesía, la música, la arquitectura, las estatuas, los tapices y las porcelanas, o quizá con el fútbol, las carreras de coches, las competiciones de tractores, los cotilleos sobre famosos y las excursiones a restaurantes de comida rápida. La mayoría de la gente, idealmente, no se preocuparía en absoluto por la política.⁹

9. Para el argumento de que si la gente fuera perfectamente lógica

Por el contrario, algunos teóricos políticos quieren que la política impregne más aspectos de la vida. Quieren más deliberación política. Creen que la política nos ennoblece, y ven la democracia como un medio para empoderar a la gente corriente, para que ésta tome el control de sus circunstancias. Algunos «humanistas cívicos» consideran que la democracia es en sí misma la buena vida, o al menos una vocación más elevada.

Qué bando se encuentra más cerca de la verdad depende en parte de cómo son los seres humanos, de lo que nos hace la participación democrática y de los problemas que la participación política masiva resuelve, o crea.

Tres clases de ciudadanos democráticos

Nosotros ya no tenemos que especular, como hizo Mill, sobre qué provoca la política en nosotros. Psicólogos, sociólogos, economistas y politólogos han dedicado más de sesenta años a estudiar cómo piensa, reacciona y toma decisiones la gente sobre asuntos políticos. Han investigado qué saben las personas, qué no saben, en qué creen y con qué intensidad lo creen, y qué les hace cambiar de idea. Han estudiado el grado de dogmatismo de la gente, cómo y por qué forma coaliciones, y qué la lleva a actuar o a participar. Analizaré en detalle gran parte de esta investigación en los capítulos siguientes. Aquí sintetizaré los resultados.

dejaría de lado la política y en su lugar viviría bajo una forma de anarquismo cooperativo, véase Brennan, 2014.

La gente se diferencia por la firmeza con la que sostiene sus opiniones políticas. Hay personas que se aferran a sus opiniones con un fervor religioso, mientras que otras sólo tienen percepciones sin demasiada convicción. Algunas mantienen la misma ideología durante años, mientras que otras cambian de opinión en un instante.

La gente se diferencia por la consistencia de sus puntos de vista. Algunas personas tienen un conjunto de opiniones unificado y coherente. Otras tienen creencias contradictorias e inconsistentes.

La gente se diferencia por el número de opiniones que tiene. Algunas personas tienen una opinión para cada cosa, y otras apenas tienen ninguna.

Además, la gente se distingue por la cantidad de información o de pruebas con las que cuenta para respaldar sus creencias. Hay personas que tienen una sólida formación en las ciencias sociales consideradas relevantes. Algunas simplemente ven las noticias. Otras apenas saben nada de la política. Tienen opiniones, pero muy poca o ninguna evidencia que las respalde.

La gente se diferencia por la manera de considerar y responder a aquellos con los que no está de acuerdo. Hay personas que consideran que sus adversarios políticos son satánicos, mientras que otras creen que simplemente están equivocados. Algunas piensan que al menos una parte de sus oponentes es razonable, mientras que otras creen que todos son idiotas.

La gente también se distingue por el grado y la manera en que participa. Algunas personas se obsesionan con la política de la misma forma que otras lo hacen con las aven-

turas amorosas de los famosos. Hay personas que votan, se hacen voluntarias, hacen campaña y donan. Otras nunca han participado y nunca lo harán. El Estado podría revocar sus derechos políticos y no se darían cuenta ni les importaría.

En cada uno de estos asuntos, los ciudadanos se sitúan en algún lugar del espectro. Pero, para el propósito de este libro, podemos simplificar las cosas. En este caso, nos interesarán tres grandes tipos de ciudadanos democráticos, a los que denominaré hobbits, *hooligans* y vulcanianos.

- Los «hobbits» son en su mayoría apáticos e ignorantes respecto a la política. Carecen de una opinión sólida y firme sobre la mayoría de los temas políticos. Con frecuencia no tienen opinión en absoluto. Tienen pocos conocimientos, si es que tienen alguno, de ciencias sociales; no sólo ignoran los acontecimientos actuales, sino las teorías de las ciencias sociales y los datos necesarios para evaluar y entender estos acontecimientos. Los hobbits sólo tienen un conocimiento superficial de la historia mundial o nacional más relevante. Prefieren continuar con su vida cotidiana sin pensar demasiado en política. En Estados Unidos, la típica persona que se abstiene de votar es un hobbit.
- Los «*hooligans*» son los hinchas fanáticos de la política. Tienen una visión del mundo sólida y muy establecida. Pueden argumentar sus creencias, pero no pueden explicar otros puntos de vista alternati-

vos de un modo que la gente con opiniones diversas pudiera encontrar satisfactorio. Los *hooligans* consumen información política, aunque de un modo sesgado. Tienden a buscar información que confirme sus opiniones políticas preexistentes, pero ignoran, evitan y rechazan sin pensarlo dos veces cualquier evidencia que contradiga o desmienta sus opiniones preexistentes. Puede que tengan cierta confianza en las ciencias sociales, pero seleccionan los datos y tienden a aprender sólo de las investigaciones que respaldan sus propias opiniones. Confían demasiado en sí mismos y en lo que saben. Sus opiniones políticas forman parte de su identidad y están orgullosos de ser miembros de su equipo político. Para ellos, pertenecer a los demócratas o a los republicanos, los laboristas o los conservadores, los socialdemócratas o los democristianos, es importante para su propia imagen, en el mismo sentido que ser cristiano o musulmán es importante para la imagen que tiene de sí misma la gente religiosa. Tienden a menospreciar a quienes no están de acuerdo con ellos y mantienen que la gente con una visión del mundo alternativa es estúpida, malvada, egoísta o, en el mejor de los casos, está profundamente equivocada. La mayor parte de los votantes habituales, los que participan activamente en la política, los activistas, los afiliados de los partidos y los políticos son *hooligans*.

- Los «vulcanianos» piensan en la política de una manera científica y racional. Sus opiniones están sóli-

damente fundamentadas en la ciencia social y la filosofía. Son conscientes de sí mismos y están seguros de algo sólo en la medida en que las evidencias lo permiten. Los vulcanianos pueden explicar puntos de vista opuestos de una forma que la gente que sostiene esas opiniones podría considerar satisfactoria. Les interesa la política, pero al mismo tiempo son desapasionados, en parte porque se toman en serio evitar ser parciales e irracionales. No creen que todo aquel que no está de acuerdo con ellos sea estúpido, malvado o egoísta.

Éstos son tipos ideales o arquetipos conceptuales. Algunas personas encajan mejor que otras en estas descripciones. Nadie consigue ser un vulcaniano auténtico; todo el mundo es al menos un poco parcial. Por desgracia, mucha gente encaja bastante bien en el carácter del hobbit o del *hooligan*. En su mayor parte, los estadounidenses son hobbits o *hooligans*, o se encuentran en algún lugar intermedio del espectro.

Nótese que no defino estos tipos en función de lo extremas o moderadas que son sus opiniones. Los *hooligans* no son por definición extremistas y los vulcanianos no son por definición moderados. Quizá algunos marxistas radicales o anarquistas libertarios sean vulcanianos, mientras que la mayor parte de los moderados es un hobbit o un *hooligan*.

De manera más general, no defino a estos tipos en función de la ideología que apoyan. Consideremos, por ejemplo, a todas las personas con simpatías libertarias. Algunas

de ellas son hobbits. Estos hobbits tienden al libertarismo —están predispuestos a llegar a conclusiones libertarias— pero no piensan ni les preocupa demasiado la política y la mayor parte de ellos no se identifica como libertaria. Muchos, quizá la mayoría, de los libertarios son *hooligans*. Para ellos, ser libertarios es una parte importante de la imagen que tienen de sí mismos. Sus avatares de Facebook son banderas anarquistas aurinegras, sólo salen con otros libertarios y sólo leen al heterodoxo economista de culto Murray Rothbard o a la novelista Ayn Rand. Por último, unos pocos libertarios son vulcanianos.

Mill conjeturó que a los ciudadanos la participación en la política los ilustraría. Otra manera de expresar esta suposición es que Mill esperaba que la deliberación política y la participación en un gobierno representativo convertirían a los hobbits en vulcanianos. Schumpeter, por el contrario, pensaba que la participación embrutece a la gente, es decir, tiende a convertir a los hobbits en *hooligans*.

En los siguientes capítulos analizo y refuto una amplia variedad de argumentos que pretenden demostrar que la libertad y la participación política nos hacen bien. Yo afirmo que para la mayoría de nosotros la libertad y la participación política son, en general, perjudiciales. Somos sobre todo hobbits o *hooligans*, y la mayor parte de los hobbits son *hooligans* potenciales. Estaríamos mejor, y también lo estarían los demás, si nos mantuviéramos al margen de la política.

Contra el triunfalismo democrático

Existe un conjunto de opiniones ampliamente compartidas sobre el valor y la justificación de la democracia, y sobre la participación democrática universal. Estas creencias son populares entre mis colegas, es decir, otros filósofos políticos analíticos y teóricos políticos, así como entre gran parte de la gente común que vive en democracias liberales. Son menos populares entre los economistas de mentalidad empírica y los politólogos, o entre los filósofos y teóricos más empíricos.

Consideremos todas las formas posibles en las que la democracia y la participación política universal pueden ser valiosas:

Epistémica/instrumental: quizá la democracia y la participación política universal son buenas porque tienden a conducir a resultados justos, eficientes o estables (al menos en comparación con las alternativas).

Aretáica: quizá la democracia y la participación política universal son buenas porque tienden a educar, ilustrar y ennoblecen a los ciudadanos.

Intrínseca: quizá la democracia y la participación política universal son buenas como un fin en sí mismas.

Lo que llamaré «triunfalismo democrático» es la opinión según la cual, por estos tres tipos de razones, la democracia y la participación política universal están justificadas y son valiosas y necesarias por justicia. El eslogan del triunfalismo podría ser: «¡Tres hurras por la democra-

cia!»). De acuerdo con el triunfalismo, la democracia es una forma excepcionalmente justa de organización social. La gente tiene el derecho básico a disfrutar de la misma cantidad de poder político. La participación es buena para nosotros; nos da poder, resulta una forma útil de conseguir lo que queremos y tiende a hacernos mejores personas. La actividad política tiende a producir un sentimiento de fraternidad y de compañerismo.

Este libro refuta este triunfalismo. La democracia no se merece al menos dos de estos tres vítores, y puede que tampoco se merezca el tercero. Yo sostengo que:

- La participación política no es valiosa para la mayor parte de la gente. Al contrario, a la mayoría de nosotros nos hace poco bien, y en cambio tiende a embrutecernos y a corrompernos. Nos convierte en enemigos cívicos que tienen motivos para odiarse unos a otros.
- Los ciudadanos no tienen el derecho básico de votar o de presentarse a un cargo electo. El poder político, incluso la pequeña cantidad de éste que implica el derecho a votar, tiene que estar justificado. El derecho a votar no es como otras libertades civiles, como la libertad de expresión, de religión o de asociación.
- Aunque es posible que existan algunas formas de gobierno intrínsecamente injustas, la democracia no es una forma de gobierno intrínseca o exclusivamente justa. El sufragio universal no restringido e

igualitario, en el que cada ciudadano tiene derecho a un voto de forma automática, es en muchos sentidos moralmente objetable. El problema es (como argumentaré con detalle) que el sufragio universal incentiva que la mayoría de los votantes tome decisiones políticas de una manera ignorante e irracional, y luego impone esas decisiones ignorantes e irracionales a gente inocente. Lo único que podría justificar el sufragio universal no restringido sería que no pudiésemos crear un sistema que funcionara mejor.

Ahora mismo, los mejores lugares para vivir suelen ser las democracias liberales, no las dictaduras, los gobiernos de partido único, las oligarquías o las verdaderas monarquías. Aun así, esto no demuestra que la democracia sea el sistema ideal o siquiera el más viable. Y aunque la democracia resultase ser el sistema más factible, podríamos ser capaces de mejorarlo con una participación más reducida. En general, los gobiernos democráticos tienden a funcionar mejor que las alternativas que hemos probado. Pero quizá algunos de los sistemas que no hemos probado sean todavía mejores. En este libro no trataré de convencer de que sin duda existe una alternativa mejor. Pero defenderé una afirmación condicional: si resultara que existe una alternativa que funciona mejor, entonces deberíamos adoptarla. A algunos lectores esto les parecerá una afirmación tibia. Sin embargo, en el contexto actual de la teoría de la democracia, me convierte en un radical. La mayoría de los lectores legos y de los filósofos políticos contemporáneos

niega esta afirmación; cree que debemos ceñirnos a la democracia incluso aunque resulte que algunas alternativas no democráticas funcionan mejor.

Las libertades políticas no son como las demás

La mayoría de los estadounidenses y de los europeos occidentales, independientemente de a qué partido suelen votar, defienden cierto tipo de liberalismo filosófico. El liberalismo filosófico es la idea de que cada individuo tiene una dignidad, basada en la justicia, que lo imbuye de una gran variedad de derechos y libertades que no se pueden reducir o ignorar fácilmente en nombre de un bien social mayor. Estos derechos son como tener un as en las cartas: impiden que otros nos utilicen, se entrometan o nos hagan daño, ni siquiera cuando las consecuencias de hacerlo fueran positivas para los demás. En el discurso estadounidense contemporáneo, a veces utilizamos el término «liberal» o «progresista» para designar a alguien de centro o de izquierdas, pero en filosofía política, la palabra se refiere a aquellos que piensan que la libertad es el valor político fundamental.

Los liberales, siguiendo los pasos de Mill, sostienen normalmente que la gente debe poder tomar decisiones equivocadas mientras sólo se hagan daño a sí mismos. Para ilustrar esto, supongamos que Izzy —un hombre de veintitantos años, soltero y sin hijos— es imprudente. Izzy come mucho, apenas hace ejercicio y gasta demasiado. Pero por muy malas que sean las decisiones de Izzy, no está haciendo daño a nadie que no sea él mismo. Que viva como

le parezca. Sus elecciones son malas, pero no tenemos derecho a impedir que tome decisiones equivocadas.

Mucha gente piensa que, de la misma manera que Izzy tiene derecho a comer hasta que le dé un ataque al corazón, una democracia tiene derecho a gobernarse hasta acabar en una crisis económica. Cuando una democracia toma decisiones equivocadas, imprudentes o irracionales, es igual que cuando Izzy toma decisiones equivocadas, imprudentes o irracionales.

Esta analogía no es válida. Un electorado no es como un individuo. Es un conjunto de individuos con diferentes objetivos, comportamientos y credenciales intelectuales. No es un cuerpo único en el que todos defienden las mismas políticas. En lugar de eso, algunas personas imponen sus decisiones a los demás. Si la mayor parte de los votantes actúa de manera estúpida, no sólo se daña a sí misma. Perjudica a otros votantes mejor informados y más racionales, a los que pertenecen a minorías, a los ciudadanos que se abstienen de votar, a las generaciones futuras, a los niños, los inmigrantes y los extranjeros que no pueden votar pero que siguen estando sujetos, y se ven afectados, por las decisiones democráticas. La toma de decisiones políticas no consiste en elegir para uno mismo; significa elegir para todos. Si la mayoría adopta una decisión caprichosa, los demás tienen que padecer sus riesgos.

Así, la adopción de decisiones políticas, ya sea democrática o no, tiene una carga justificativa superior a las decisiones que tomamos para nosotros mismos. Para justificar los derechos liberales básicos, tenemos que explicar por qué se debe permitir que los individuos se hagan daño

a sí mismos. Es una tarea difícil, y todavía hoy algunos filósofos creen que deberíamos poder impedir a las personas que tomen decisiones equivocadas, aunque éstas no hagan daño a nadie más.¹⁰ Justificar la democracia es más laborioso: tenemos que explicar por qué algunas personas deberían tener derecho a imponer malas decisiones a los demás. En particular, como demostraré en capítulos posteriores, para justificar la democracia tenemos que explicar por qué es legítimo imponer decisiones adoptadas de forma incompetente a gente inocente.

En este libro, limito el uso que hago del término «libertades políticas» para que incluya sólo el derecho a votar y el derecho a presentarse a elecciones y ocupar cargos y posiciones con poder político. Algunas personas prefieren utilizar la palabra en un sentido más amplio, que incluye los derechos de discurso político, reunión y formación de partidos políticos. Aquí, éstos los clasifico como libertades civiles, como ejemplos de libertad de expresión y de asociación. Por ejemplo, yo considero mi derecho a escribir este libro sobre participación política como una libertad civil, más que política.

Mi intención es que esto sea una condición, no un argumento de análisis conceptual. En este caso, las etiquetas que utilizemos no cambian nada sustantivo. La razón por la que estoy interesado en los derechos al voto y de ocupar un cargo político es que estos derechos, a diferencia de los que estoy llamando libertades civiles o económicas, sirven fundamentalmente para ejercer o adquirir poder sobre los demás. Por lo

10. Para una excelente defensa de este punto de vista, véase Conly, 2012.

general, nuestros derechos de libertad de expresión nos dan poder sólo sobre nosotros mismos, mientras que el derecho a votar nos da —como colectivo, si no como individuos— un poder significativo sobre los demás.¹¹

Cómo valorar la democracia: instrumentalismo contra procedimentalismo

Cuando nos preguntamos qué hace que un martillo sea valioso, normalmente estamos preguntando si nos resulta funcional. Los martillos tienen una función —clavar clavos— y los buenos martillos sirven para ese fin. Los martillos tienen principalmente un valor instrumental.

Cuando nos preguntamos qué hace que una pintura sea valiosa, normalmente consideramos su valor simbólico. Nos planteamos si la pintura es sublime, si evoca distintos sentimientos o ideas. También valoramos más algunas pinturas por cómo fueron realizadas y quién las hizo.

Cuando nos preguntamos qué hace valiosos a los humanos, con frecuencia respondemos que son un fin en sí mismos. Por supuesto, las personas pueden tener un valor instrumental —la persona que te prepara el café cumple una función—, pero también tienen un valor intrínseco. La gente tiene dignidad, no un precio.

11. Por supuesto, a veces nuestra libertad de expresión nos da cierto tipo de poder sobre los demás, que es por lo que algunos filósofos cuestionan si deberían existir límites para la libertad de expresión, como en el caso de la incitación al odio. Aquí no adopto una postura respecto a esta cuestión.